

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Un mes.	4 rs.
Tres meses.	11
EN PROVINCIAS.	
Tres meses, en la administracion.	14
Seis meses, en la misma.	26
Tres meses, por comisionado.	15
Seis meses, por comisionado.	28
ESTRANJERO: tres meses.	30
ULTRAMAR: seis meses.	3 pta



SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, Travesía de la Ballesta, núm. 7, y en las principales librerías.

En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.

En el extranjero y Ultramar, en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos. La correspondencia, al director de FIGARO.

FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

EL SANTO BENDITO

El justo florecerá como la palma, crecerá como cedro del Líbano, plantado en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios.
(Psalmo XCI.)

Allá en los primeros años del siglo XII, cuando Castilla habia producido ya seis Alfonsos, y andaba por ella, con la Tizona mas tiempo que en el arzon en la mano, el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, habia en Madrid un hombre oscuro, desconocido, un pobre hombre; que tenia algunas tierrecillas de su mujer hacia Torrelaguna, pero que tan escasas é improductivas debian de ser, cuanto que necesitaba el villano de que hablo, que del estado llano era, trabajar los campos de otro para vivir, él, su esposa y un hijo con que Dios habia bendecido aquel matrimonio.

Cercana al sitio que hoy ocupa Carabanchel, tenian su morada los esposos, que allí no muy lejos estaban las tierras de su amo, en donde cada dia, quizá por misero salario, tal vez por unas pocas hanegas de trigo ó de centeno, labraba el hombre que digo, dejando caer sobre el pisoteado surco el sudor de su frente, riego fecundo de que mas se regocija el suelo y que mas aun que el del cielo agradece, trocándole en fruto codiciado.

Aquel hombre, como en un retruécano mas piadoso que bello, dice uno de sus encomiastas biógrafos, *araba y oraba* á un tiempo; es decir, que vivia siempre en el santo temor de Dios, y no desatendia, por cuidar de su alma, el trabajo corporal á que por su condicion humana estaba sujeto. Bien es verdad, que, de cuando en cuando y siempre que la oracion la retenia mas tiempo del ordinario en cualquiera de los entonces humildes templos de Madrid, manos misteriosas, desconocidas yuntas de bueyes, labradores sobrenaturales desempeñaban la tarea material á que la religiosa hubiera perjudicado, sin aquella intervencion estraña.

Con que se prueba de un modo evidente que la vida de aquel olvidado obrero del terruño era ejemplarísima, muy grata á los ojos del Señor, y él un bendito varon, justo y bueno, honesto en sus pensamientos, sufrido en sus trabajos, paciente en las adversidades, modesto en sus virtudes, probo en sus acciones, un santo, en fin, segun que ya le ha proclamado la Iglesia.

Llamábase aquel hombre Isidro, su mujer Maria de la Cabeza y Juan de Vargas el amo á quien servia. Solo se ignora el nombre del hijo, que por morir en edad temprana, quizá no participó de la santidad de Isidro á la manera que Maria su esposa. Murió, segun se cuenta, en 20 de noviembre de 1172; fué beatificado en 1620; sus restos se conservan en muy buen estado, en una capilla de la parroquia de San Andrés en Madrid; la villa le venera como á su patron y sagrado protector en todas las miserias y calamidades, y la Iglesia le conmemora á 15 de mayo. Hoy es, por consiguiente, la fiesta de aquel oscuro labrador del siglo XII.

Madrid entero la solemniza. Madrid entero paga hoy su tributo á la virtud del trabajo honrado, la mas hermosa y mas pura de todas las virtudes sociales. Madrid entero se entrega hoy al recojimiento sagrado ó á la insensata alegría, en memoria de la vida de un hombre, que ni fué rey, ni papa, ni capitán, ni grande de la tierra; ni mas que un esclavo del suelo que rompía con la reja de su arado; una especie de siervo de la gleba; gota de agua en el mar de la humanidad; gota de agua, convertida al cabo en perla de la corona del Eterno!

Isidro no empuñaba otras armas que la esteva; ni ceñia á su cabeza otra diadema que esa corona de arrugas, labrada en la frente del hombre por el sol del estío y los frios del invierno; ni ambicionaba mas que el negro pan de su mesa honrada; ni otro pensamiento habia en su mente que el de servir á Dios para lo eterno, y á Juan de Vargas, su señor, para lo transitorio.

Y sin embargo, su nombre es mas celebrado y mas bendecido que los de aquellos poderosos que por entonces vivian la existencia de las grandes luchas de la humanidad, esgrimian las armas vencedoras, ornaban sus sienes con el laurel del triunfo, y en vitores gozosos eran enaltecidos y alabados.

¡El trabajo, el trabajo! Esta es la gran virtud; esta era la virtud de Isidro; esta es su gloria. Gloria que no hace derramar lágrimas, que no se alimenta de sangre; gloria que crea y no destruye, que fecunda y no esteriliza, que hace las sociedades, que hace los pueblos, que hace la familia, y no los borra de sobre la haz de la tierra.

Mentira parece que Madrid, el pueblo mas indolente acaso del mundo conocido, tenga por patrono á un santo en quien se representan, por decirlo así, el trabajo y la actividad; que Madrid, el pueblo menos agricola de España, celebre con fiestas y regocijo á un santo labrador; pero Madrid siempre fué el pueblo de las negaciones. Por eso, indudablemente, en vez de la sobriedad y el trato humilde de Isidro, va Madrid á la ermita del santo, al lado allá del Manzanares, á entregarse, por sistema y por hábito, á todos los desórdenes de la intemperancia.

Y no lo hace por vicio seguramente: el madrileño come de ordinario mal, menos el dia de San Isidro. El hombre mas parco y mas prudente en la mesa no creeria honrar bastante al *santo bendito* si no volviese á *melios pelos*, cuando no á pelos enteros, de su fiesta. A San Isidro, es decir, á la ermita, se va á comer mucho y beber mas. Un vaso de agua en la fuente que devuelve la salud, aquella fuente milagrosa abierta al golpe de la hijada de Isidro, y diez vasos de tinto argandeño, ó una botella de Jerez manchego ó otra de *Bordeaux* riojano, ó de *Champagne* de Villaviciosa, son indispensables á todo buen madrileño, que ama y respeta al venerable servidor de Juan de Vargas.

Y en este dia son madrileños todos los que viven en Madrid, aunque hayan venido del fondo de Galicia, ó del medio de Andalucía, ó de los valles pintorescos del Priorato. Hasta los extranjeros, los franceses sobre todo, son

madrileños el dia de San Isidro: y es que el estómago no tiene patria.

Los moralistas de oficio, esos hombres que toman como profesion el trabajo de dar consejos, á todas horas y por cualquier motivo, á las sociedades; que forman siempre al lado opuesto de los aduladores perpétuos de las multitudes, raza ésta malévola ó utilitaria y aquella insensata, los moralistas de oficio, digo, truenan contra las romerías desde sus cátedras callejeras; echan la cuenta de lo que en ellas se gasta, de lo que vale el tiempo perdido, y creen haber realizado una gran cosa condenando á un pueblo entero, que sale de sus casillas por extraordinario dos ó tres veces en cada año.

El pueblo no les hace caso, y creo que hace bien. Las verbenas, las romerías, las fiestas populares en obsequio de un santo, en recuerdo de un suceso fausto ó glorioso, son de seguro lo menos malo de los tiempos que pasaron. Hay en ellas algo de nuestros padres y de nuestros abuelos; algo de su sér, algo de sus costumbres; algo que es la ejecutoria, los pergaminos de esa muchedumbre de gentes que no saben de sus antepasados mas allá de dos ó tres generaciones.

Cuando un hijo oscuro de Madrid, un cualquiera, que no tiene nombre mas que para su familia y sus amigos, baila, come, juega y se embriaga en la colina sobre que se levanta la ermita de San Isidro, puede, ensanchando el corazon, y anegando la memoria en el pasado, decir á su mujer y á sus hijos:

—¿Veis esta piedra que nos ha servido de mesa? Sobre ella comieron, en iguales épocas del año, mis padres; sobre ella comieron mis abuelos; sobre ella comieron los abuelos de mis padres, y los abuelos de mis abuelos; y sobre ella habrán comido, sin duda alguna, todos mis antepasados, y los vuestros, hijos míos, desde el origen de nuestra familia, ó desde el primer dia en que estuvo esta piedra en este sitio. Este aire que respiramos tambien refrescó hace muchos, muchos años, las frentes de aquellos de quienes venimos; este sol que nos alumbró les alumbró tambien, y esa arena por encima de que vemos arrastrarse el agua tranquila del querido Manzanares tambien recreó su vista y sus corazon. Adoremos al *santo bendito* que aquí nos trae, generaciones tras generaciones, á las ramas de un mismo tronco, á los vástagos de una misma cepa.

No hay que estrañar el simil, porque es muy propio del dia.

Por otra parte, las romerías, en donde todos se confunden, son la pintura mas característica de un pueblo; son el cuadro general, si no de todas sus costumbres, de las exteriores al menos.

La de San Isidro es Madrid: desde el grande de España, que llega en carretela al pié de la loma y sube paseando hasta la puerta de la modesta iglesia, donde compra por juego el florido silbato de cristal, hasta el menestral, honrado ó no (siempre no ha de ser el menestral hon-

rado), que, mas allá de los cementerios, se merienda una libra de escabeche de besugo, y le rocea con media azumbre de lo negro; desde la familia acomodada, que almuerza á gusto del fondista en un *hotel* con pavimento de arena y colgaduras de pleita de Crevillente, hasta la del pobre que por sí mismo condimenta la cazuela de arroz, que mas hierva al calor del sol que al de unas cuantas ramas secas halladas en la pradera, toda está allí la villa coronada, en pintoresca y plácida alegría confundida.

Yo lo confieso: no pido que se establezcan romerías; pero tampoco pido que se proscriban. Como dijo el inolvidable Ventura de la Vega, tiempo atrás, cuando se trataba de sustituir por otro el sombrero de copa,

Yo ni apadrino ni rechazo el hongo;
si todos se lo ponen, me lo pongo.

Voy á la pradera y á los cerros de San Isidro, porque allí está Madrid, y porque soy, aunque sevillano de nacimiento, madrileño de corazón.

Y voy por otra cosa mas: porque allí, aunque entre vino y borracheras, se solemniza el día de Isidro, el labrador, el hijo de la tierra, el santo modesto que hace de la esteva un cetro, y del trabajo una gloria.

¡Bendito sea!

CONVERSACIONES LITERARIAS.

DOS ARTISTAS EN TEORÍA.

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

Yo nada conozco mas perjudicial, para el esclarecimiento de una materia de duda, cualquiera que sea, ya de las letras, ya de las artes, ya de las ciencias, que esos escritores que se llaman, no sé si *hondos* ó profundos, para quienes la cuestión mas sencilla, la mas ligera observación práctica dan lugar á disertaciones *labyrinthicas*, como diría Estrada, sobre la generalidad de un asunto, y aun de tres mil asuntos, si á mano viene.

No hace muchos días, el último domingo, tuve el mal gusto de asistir á una sesión de la Academia de Nobles Artes de San Fernando; entraba en ella el marqués de Monistrol, conde de Sástago, y había de leer el acostumbrado discurso á propósito de cualquier materia de artes, contestándole otro señor académico, que debía de ser, segun me dijeron, y luego vi, D. Pedro de Madrazo.

Buen rato me espera, pensaba yo regocijado. Este señor marqués no ha de tener solo sus títulos nobiliarios para entrar en la Academia; otros artísticos deben de abonarle, que en estos santuarios, vamos al decir, del arte no ha de penetrar uno, así como Pedro por su casa.

Y al pensar *Pedro*, pensé involuntariamente de *Madrazo*, que las tres palabras eran el nombre completo del académico de número que había de replicar al neófito.

—¡Qué diantre! continué diciendo para mí; pues los títulos de éste para académico de la Real de San Fernando no me parecen de lo mas perfecto; este señor Madrazo tiene mucho talento, mucha lectura, no es mal poeta, escribe galana y correctamente, y es de la madera de los artistas, que algunos hay de su apellido, pero....

Al punto me vino á la imaginación que podría haber

artistas teóricos (perdonen ustedes la terrible union de esas *tes*), viendo que entraban los académicos en el salón, y que los mas, ni eran arquitectos, ni escultores, ni pintores, puesto que fuesen algo de afición, y á medias comprendí que no siempre se necesita entender prácticamente de lo que se trae entre manos para tener derecho de adentrarse en la materia.

¡Bah! En la Academia de la lengua hay quien sabe de nuestro idioma, á poco mas ó menos, lo que yo del chino, y pasea el uniforme alagartado con igual prosopopeya y satisfaccion que el suyo un capitán general de ejército.

Comenzó á leer el marqués de Monistrol, y al cabo de una hora supe que el arte ojival, es decir, lo que en arquitectura se entiende por la ojiva, y nosotros los del vulgo conocemos con el nombre de arquitectura gótica, es, segun la opinion del nuevo académico, el arte esencialmente cristiano.

Yo estuve por levantarme del asiento que ocupaba, meterme en el recinto de los sabios y dar un apretado abrazo al señor marqués, en premio, aunque corto, espontáneo, del descubrimiento que acababa de hacer.

—¡Pero qué!.... seguía yo diciendo para mí; si lo que averiguan estos diablos de artistas en teoría, no lo coje nadie; que la ojiva, ó la catedral gótica, para que mejor nos entendamos, es la representación, la síntesis, la esencia del arte cristiano! ¡Qué saber! ¡Qué profundidad! Yo estoy asombrado. ¿A dónde habrá ido el señor marqués á buscar el secreto (porque hasta de ahora lo fué) de esa gran verdad? ¿Qué tienen que ver con este los descubrimientos de Newton, Fulton, Keplero y tantos otros charlatanes que andan desperdigados por los libros de la historia, y que no merecen positivamente la mitad de aplauso que este nuevo individuo de la Academia Real de Nobles Artes?

Pero sin duda yo debía, con el entusiasmo, de haber dicho algunas palabras en alta voz, porque uno vecina de asiento me tocó en el brazo, y murmuró despues á mi oído:

—Mas calma, señor FIGARO, mas calma; no es oro todo lo que reluce, y bien puede Vd. decir al flamante académico: *Girolamo, lo sapiamo*.

—¿Me querrá Vd. probar, objeté casi iracundo, que el tema del discurso que acabamos de oír no es originalísimo y nuevo?

—Pero, bendito varon, si eso que ha dicho ese caballero es de lo mas vulgar y de lo mas sabido que se conoce en la historia del arte. Y si no, espiqueme Vd. por qué cita á unos cuantos autores que antes de él escribieron eso mismo. ¿No hay mas para tener un puesto en estas corporaciones, sino venirse con un discursito atildado y pulcro, detrás del cual, en sustancia, no hay mas que una verdad que los chicos aprenden en la escuela? ¡Qué la ojiva nació en la Iglesia cristiana, y vino á llenar una necesidad artística del cristianismo! ¿Pues cuándo se ha podido esto poner en duda, ni cuándo se ha puesto? ¿Pues por qué se aplicó á las catedrales y no á las mezquitas de los árabes? ¿Pues por qué tuvo principio aquel género de arquitectura entre los germanos ó alemanes, que eran cristianos, y de donde nosotros le llamamos gótico?

—Pero la originalidad de la forma no me la negará usted cuando menos....

amor; los lugares ordinarios de su residencia y esparcimiento, los que ya he dicho; y en tanto, el caudal mermaba, los telares no chirriaban, y ni los paños se vendían, ni á la postre húbolos para vender.

A todo esto, Blasa no hacía sino llorar su desventura. Maese Anton, cuando vió establecida y contenta á su hija, traspasó sus telares, vendió su casa, y con los pocos de dineros que se había reservado, mas los de la venta y traspaso, fuése con Mari-Soto á acabar sus días en un rincón de tierra de Castilla la Vieja, de donde era oriundo y á do tenía aun lejanos parientes. La religiosa del convento de Santa Clara, prima de la mujer de Prieto, había muerto de un atracon de frutas de sarten con que obsequió á la comunidad cierta novicia rica en el día de su profesión; de suerte, que Blasa encontrábase ya sola en el mundo, y lo que era peor, destruidas sus riquezas, que para ella lo era su dote, muertas sus esperanzas y vivas su joroba y su fealdad. Hasta sus ojos, antes dulces y claros, habíanse tornado huraños y sombríos, con que el rostro de Blasica parecía el de un demonio del infierno.

Presto se acabaron los dineros, que maese Estéban no holgaba en lo de esquilmar al cuitado de su amo. Voló el postrer ducado, empréstáronle unos pocos al malaventurado Diego sobre la casa y telares, escaso el décimo de lo que valían, con que hubo para algunos días de aquel mal vivir, de aquella continuada pesadumbre del juego y el vino, de aquella desesperación sin término de que ya se iba cansando el joven pañero, puesto que no los dejaba, como no deja de correr el hombre por el monte que le despena, ni deja de volar la pelota por el aire á que la arroja el arcabuz del soldado. Doloroso, extremo del vicioso, para quien siendo muerte el vicio y conociéndolo, va arrastrado hacia ella, bien que contra su voluntad, por su misma voluntad. Son los placeres inmoderados un río, en que primero se navega con el viento á la popa y mansamente; pero en el cual bien pronto nos vemos arrastrados á la mar del desórden, sitio en que

—¡Calle Vd., hombre! ¡Qué originalidad ni qué par de calabazas! Decir que la fé religiosa creó esas maravillas arquitectónicas de los siglos XII y XIII, ¿es original? Llámelo Vd. simple, y acertará. La fe hace milagros, pero no catedrales: eso que hemos oído está escrito en cualquiera de las novelas llamadas históricas de Fernandez y Gonzalez, y puede que tambien lo haya dicho en su obra magna, ó grande, si la quiere Vd. mejor, el Sr. Lafuente, que es á la historia lo que Fernandez y Gonzalez á la novela.

Volví la espalda por no reñir con mi vecino, y me puse á escuchar la lectura del discurso de contestación al del marqués de Monistrol, conde de Sástago.

Y entonces sí que mi asombro creció doscientos codos. Mas de media hora estubo haciendo el Sr. Madrazo historia, filosofía, teología, cosmogonía, etnografía, y todos los acabados en *la* de la ciencia para demostrar que la ojiva es sencillamente un silogismo. Vino al arte al propio tiempo que á la ciencia la escolástica; y no hay que darle vueltas, un templo gótico es un tratado de lógica; uno de aquellos arquitectos desconocidos que levantaron las catedrales de los siglos medios es un Condillac ó un Guevara en leche.

«El empuje, decía el Sr. Madrazo, es la mayor; el contraresto, la menor, y el equilibrio, la consecuencia.»

Sin poder contenerme, de nuevo me volví hacia el pesimista de mi vecino.

—Y esto, le pregunté, ¿lo sabía Vd. tambien?

—No á fé, me replicó. Esto sí que me parece original, originalísimo, y es merecedor el que hace tales aplicaciones de la lógica de que le apliquen un casquete de nieve en el colodrillo para evitarle una congestión del cerebro.

—Pero Vd. cree....

—Yo creo, FIGARO de mi alma, que esos dos señores que nos han entretenido con sus discursos profundísimos, ó levantados, que yo no sé dónde buscarles la sustancia, si abajo ó arriba, hubieran hecho mejor en tratar asuntos de artes mas prácticos, menos especulativos, como ahora se dice, y habrían así llenado mejor el objeto de esta reunión. Digame Vd. si haciendo el uno derivar el arte ojival de la fé religiosa, y el otro de una razón filosófica y escolástica, han hecho adelantar un paso el conocimiento de la verdad. El uno dice que los arquitectos del siglo XII apuntaron el arco por inspiración, el otro que por raciocinio; aquel que para mejor adorar al Todopoderoso, éste que para que el arco no se cayese. Pues la ojiva, sin embargo, precedió en muy poco á la Reforma, y con el renacimiento volvió á la arquitectura el arco de medio punto, que no se cae ciertamente.

—Pero entonces, díe á mi interlocutor, espiqueme usted el origen del gusto ojival, gótico ó vertical.

—No tiene mas que una explicación: el arte.

Y se marchó mi vecino, y yo tambien me marché con una ilusión menos y una cavilación mas.

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

POR

FEDERICO VILLALVA.

MAL DE OJO.

VI.

De uno en otro vicio, fué Diego haciéndose familiar de todos, profesando la ancha religion de la truhanería; para mejor gozar de sus placeres en compañía del disoluto oficial segoviano, quitó á la jibosilla la guarda de los buenos ducados que llevara en dote, con que presto corrieron el camino de los dineros que se dice del sacristán. Ni había ya taberna, bodega ó ventorrillo que Diego no visitara en la villa, ni noche alguna tornaba á su casa antes de las nueve, y de esas las mas borracho y todas sin blanca. Acabó por entregarse á amores del partido, siéndole igualmente conocidas las mancebías del Humilladero de Nuestra Señora de Gracia, la que estaba junto á la Torrejilla de Leal y la de la Cava de la Puerta del Sol, en donde pocos años despues la gran pedrada del rey don Felipe II había de fundar la iglesia y convento de religiosos calzados de Nuestra Señora del Carmen. Sus amigos eran, á mas de maese Estéban, guita de su perdición, todos los pillos y gente de mal vivir que abundaban entonces en Madrid con la venida de la corte; sus ocupaciones, jugar, beber y distraerse con las mohatreras del

se anegan y sumergen todas las alegrías, todas las virtudes y todas las esperanzas, y á donde nos acompaña la soledad, porque en su orilla nos deja el verdadero amigo, por no contaminarse en sus aguas hediondas, y el falso, porque ya mas no espera de nosotros.

No de diversa manera aconteció á Diego. El no tenía amigos verdaderos, caso de que los haya en el mundo; pero sí muchos falsos, atraídos al olor de los ducados de Anton Prieto, como los cuervos al de la carne. Estos, cuando vieron que ya el judío que hubo adelantado los dineros sobre la casa y telares de Diego quedóse con la prenda y arrojó al pañero y su mujer de la morada en que habían tenido sus primeros días de ventura, no parecían on mas, ni vídolos Diego en todos los demás instantes de su vida. Y otro tanto sucediera con maese Estéban, si para otros fines la Providencia no hubiera dispuesto que el tal tuviese una hija moza en quien adoraba.

Viéronse, pues, Diego y Blasa en la de todos, sin herencia y sin amor, pero con un tiernecillo infante, que pocos meses antes de esta última desventura había dado al mundo la corcobada, y cuya hermosura tenía asombrados á cuantos le veían, que así se complace Dios en sacar del monstruo mas espantable la mas linda y graciosa criatura de la tierra. Este pudo ser el principio de la salvación de Diego, y esta fué en efecto la causa de que buscara en la misma calle del Meson de Paños quién le ocupara en sus telares. Queríale todos en aquellos sitios, á pesar de su conducta pasada, de suerte que presto halló trabajo en la propia casa del que había comprado la de Anton Prieto. De ella había Diego salido rico, y á ella tornaba pobre; amo, y entraba criado; inocente, y volvía pícaro; virtuoso, y llegaba comido de los vicios y las deshonestidades. Allí derramó lágrimas donde tanto había reído; allí padeció humillaciones donde había sido hijo mimado de la suerte; allí dejaba el sudor de su frente donde había sacado el de los oficiales de su suegro y señor maese Anton Prieto.

UN LIBRO PARTICULAR.

(CONCLUSION.)

Debemos consignar un dato que honra á la Archicofradía de Paz y Caridad, y que demuestra lo sincero y profundo del sentimiento religioso en nuestra patria.

Afirma el Sr. de la Lama y Noriega, que de los *mil y treinta y cuatro* reos asistidos por la Cofradía, solamente *dos* murieron impenitentes, y que ninguno de ellos era español.

En un país donde eso acontece, poco progreso pueden hacer las sectas enemigas del catolicismo. Verdad es que habrá quien diga que la mayoría de esos mil y treinta y cuatro reos eran hombres del pueblo, que probablemente no sabían leer ni escribir, y que no es en esa clase donde la impiedad cunde; pero, sobre que no se me alcanza por qué ha de ser mas impia la persona que ha recibido instrucción y educación religiosa y literaria que la que careció de ella y vivió en guerra con la sociedad, puedo añadir que no nos vanagloriemos los individuos de la clase media de suministrar al cadalso menor contingente que el pueblo, porque de la estadística que tengo á la vista resulta que la desproporción es leve, y que ha habido años, no pocos, en que los reos ejecutados ostentaban todos, ó su mayoría, el Don que les daba derecho, poco grato, de obtener el garrote en vez de la horca.

Con breves intervalos, el sitio destinado en Madrid á las ejecuciones fué el mismo donde se celebraban los autos de fe, las corridas de toros y las fiestas reales: la Plaza Mayor, en la que se colocaba el cadalso frente á la Panadería; si la ejecución era de garrote, delante del portal de Paños, y cuando era de horca ó para los degollados, en la parte de las carnicerías.

En 1815 se trasladaron las ejecuciones á la Plaza de la Cebada, que presencié la de la mayor parte de los numerosos reos políticos de aquel tiempo. En 1835 se trasladaron á la Puerta de Toledo; y en 1850, derribada la antigua Cárcel de Corte, al Campo de Guardias. No está lejos el día en que se verifiquen dentro de la cárcel misma, ahorrando al reo un tránsito largo y terrible, y poniendo término al espectáculo que en tales días ofrece el pueblo de Madrid.

En tres partes puede dividirse la estadística singular que acompaña á la Memoria que examinamos, y que, comprende, como hemos dicho, los nombres de mil y treinta y cuatro reos ejecutados desde 1687 á 1867. ¡Seis reos por año, seis personas privadas de la vida arroja esa estadística por término medio! El primer período abarca desde 1687 á 1800. Pocos reos políticos figuran en él, no obstante que comprende los siete años de la Guerra de sucesión. En 28 de agosto de 1790, fué ejecutado en la Plaza de la Cebada Juan Pablo Peret, el que acometiera é hiriera al ministro Floridablanca en Aranjuez.

Los anales del crimen apenas conservan memoria de los reos de delitos comunes ejecutados durante este período. La acusación del fiscal Melendez Valdés es la que ha salvado del olvido los nombres de D. Santiago San Juan y doña Vicenta Mendieta, asesinos de Castillo, marido de la última, ejecutados el 23 de abril de 1798.

En el reinado de Carlos III las ejecuciones menudean,

Diego buscó un aposento humilde al otro lado de los caños del Peral, en la calle del Tesoro, y allí comenzó otra vida de pobreza y mezquindad con su mujer y hijo. Pero estaba dispuesto que ni aun de esta apacible medianía gozara la sin ventura Blasa, que presto vió desechas las nuevas esperanzas que fundara, no en el amor de Diego á ella, que éste, dado que alguna vez existiera, había ya pasado para no volver, sino en el amor del padre al hijo, que anida siempre en el corazón de las bestias mas feroces, si no es ya que el hombre sea mucho peor que las fieras; pues que se ha visto á quienes aborrecieron y aun dieron la muerte á sus propios hijos, como se dijo entre el vulgo, puesto que yo no lo crea, por los años en que termina esta verdadera historia, que el rey don Felipe había mandado degollar al príncipe Carlos, su hijo, por celos de él tenía, y por haberse éste *amorachado*, segun que por entonces decían los franceses, de la hermosísima princesa doña Isabel de la Paz, esposa de su padre. Propósitos de las muchedumbres, que luego toman cuerpo entre los que pasan por discretos, y á la postre tal vez se encarnan en la historia como verdades, ó cuando menos, como hechos merecedores de la disertación y de la censura.

VII.

Ya he dicho que maese Estéban, el oficial examinado de pañero que pervirtió á Diego, tenía una hija moza en quien adoraba. Llamábase Antonia y era hermosísima. En los primeros años de la juventud de Agustín Estéban había pasado por la ciudad de Segovia una compañía de representantes. Bien que entonces ya fuera permitido que las mujeres tuviesen papel en las faras, ninguna iba para aquel objeto en la compañía á que me refiero de Segovia; pero tenía el autor una hermanica de sobre veinte á veintidos años, modesta, hermosa, y como tal, bien poco avenida con los farsantes, gente levantisca y mal acomodada, como ganado trashumante. Vidola Estéban y á él ella, de que nació afición entre los dos, que el pañero era gallardo, Casarse

efecto de la severidad excesiva desplegada para reprimir toda clase de delitos, aun el de hurto.

El año de 1808 no figura en la Memoria de la Paz y Caridad. Sin duda no hubo en él ejecución de reos de delitos comunes, asistidos por ella. En cuanto á las generosas victimas sacrificadas por Murat el 2 de Mayo, muchas murieron sin recibir ni aun los auxilios espirituales.

Durante el período de la ocupación francesa puede decirse que el cadalso estuvo permanente en Madrid. Era gobernador militar y político el general Belliard, y obedecía las órdenes sanguinarias de Napoleon, empeñado en imponer terror á los españoles é irritado por la resistencia que encontraba.

Así vemos, que en 1809 son *cincuenta y cinco* las personas (no podemos decir reos) ejecutadas, entre ellas un sacerdote; en 1810, *treinta y una*; en 1811, *cuarenta y dos*; en 1812, *treinta y siete*. El pueblo del 2 de Mayo seguía derramando su sangre, aunque ocupado y dominado por el invasor, por la patria y la independencia.

Por desgracia, los ejecuciones políticas inauguradas por los franceses no debían terminar. A la lucha con el extranjero siguió la de los partidos, que ha causado numerosas victimas, las cuales, no todas, ni su mayor parte, figuran en la estadística mencionada.

En 6 de mayo de 1816 es ahorcado en la plaza de la Cebada D. Vicente Ramon Richard; en 7 de noviembre de 1823 D. Rafael del Riego, por quien se recogieron de limosna 2.470 reales. El cadalso vuelve á estar permanente. El año 1824 fueron *cuarenta* los reos ejecutados, el 25, *veintinueve*, de los cuales ocho en un solo día. En 11 de abril de 1831 es ejecutado el librero D. Antonio Miyar. 1842 no arroja victimas de nuestras disensiones políticas en la Memoria de la Paz y Caridad, sin duda porque ejerció sus funciones el clero castrense, y por un motivo parecido, 1848 no contiene en esa Memoria sino el nombre del tambor mayor del regimiento de España, fusilado y los de los trece sargentos del mismo regimiento puestos en capilla é indultados el 19 de mayo 1866 arroja los nombres de *sesenta y cuatro* reos fusilados, de los cuales dos eran paisanos. En 9 de febrero de 1852 había sido ejecutado en el Campo de Guardias, el presbítero regicida D. Martin Merino.

Entre los nombres famosos en los anales del crimen que la Memoria menciona, tropezamos con el de Luis Candelas, ejecutado en 6 de noviembre de 1837; *la tía Cotilla*, el 25 de mayo de 1838, y los compañeros del primero y sus auxiliares en las fechorías con que tuvo asustado á Madrid, Balseiro y Paco el Sastre, ejecutados en 20 de julio de 1839.

El establecimiento de la Guardia civil en 1845 acabó con las cuadrillas de ladrones y con los ladrones en cuadrilla. Otros crímenes ú otras formas de realizarlos fueron los que continuaron llevando reos al cadalso.

En 31 de octubre de 1849, fueron ejecutados los hermanos Clara y Antonio Marina, cuya causa dió lugar á tantas dudas en el público; en 17 de junio de 1859, Manuela Bernaola é Ignacio Cabezo, por quien se recogió la limosna de 10.693 reales en 11 de marzo de 1863, el asesino de doña Carlota Pereira, el misterioso y feroz Eugenio Lopez Montero, que murió sin declarar quién

éste con la hermana del comediante no podía ser, que la condición de la muchacha no lo permitía y el tener los padres de Estéban su poco de hidalguía; pues otra suerte de union no la consentiera la mucha honestidad de la hermosa; y en tanto la voluntad crecía, y la privación aguijaba el apetito de ambos. Tocó á partir la compañía, y quedó Agustín mas muerto que vivo. No pudo resistir la ausencia de la moza, y huyóse de la casa de sus padres para Madrid, lugar á que se encaminaban los comediantes. Cuando le vió en la villa ursaria la hermana del autor fué tocada de tanto amor y tantas fidelidad y constancia, lo que, con el propio deseo, fué causa bastante para atropellar su misma virtud, salirse de la casa y compañía de los representantes, y irse para su amado segoviano, quien la recibió loco de alegría. Breve fué la de la muchacha: pasados los primeros impetus del amor, enfiada la mutua afición, consumidos los dineros que Estéban había sacado de la casa de sus padres, vendidas ó empeñadas las joyuelas de ella, vinieron las desazones y los pesares; llegó la negra procesion de la miseria, con los guiones de la desnudez, los acompañantes del real emprestado y el hurto de las blanquillas, los pasos del hombre y los armados de las contiendas de cada día como el *Pater noster*, con que toda fabrica de amor viene á tierra. Se deshizo la union como sal en agua, y la hermana fuése á buscar á su hermano el autor, llevándole en brazos una rapazuela, hermosísima como su madre, y en el rostro de menos la vergüenza y honestidad que antes tuviera, y que ya no fué escusa para no tener parte en las representaciones de la compañía. Por lo que hace á Estéban, volvióse á su Segovia y sus telares.

Todo mal paso lleva otro en pos de sí, y ya de entonces ni Agustín fué hombre honrado, ni su amada fué una mujer merecedora de ser estimada por virtuosa. El, no pudiendo ya vivir en Segovia á causa de sus desórdenes, que poníanle en un continuo peligro, volvió á Madrid en 1863, á tiempo de entrar como maestro en los telares de Diego. Ello, habiendo corrido los mas notables

había armado su brazo; y en 31 de enero de 1867, después de tres años de prision, Vicenta Sobrino, cuya causa ha quedado como ejemplo de los defectos de nuestro procedimiento criminal.

En 26 de octubre de 1867 termina la estadística formada por la Paz y Caridad.

¡Quiera Dios que cuente muy pocas páginas mas, y que aquel piadoso instituto pueda dedicarse á mision menos triste y mas fecunda que la que por tanto tiempo y con tanta constancia ha ejercido!

LA ACADEMIA DE LA LENGUA

POR UN MUDO.

Marqués de Molins, *Director*.
Sr. BRETON DE LOS HERREROS, *Secretario*.
Conde de Güendulain (???)
D. Mateo Seoane (???)
D. PATRICIO DE LA ESCOSURA.
Conde de Cheste (i....!)
Sr. MESONERO ROMANOS.
D. Eugenio Ochoa.....
D. Antonio Maria Segobia.....
D. Alejandro Olivan.
D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
Sr. Puente y Apecechea (???)
D. José Caveda.
D. Antonio Ferrer del Río.
D. Aureliano Fernandez Guerra.
D. Manuel Cañete (!!!!!!)
D. MANUEL TAMAYO.
D. Pedro Felipe Monlau (???)
D. Cándido Nocedal (!!!!!!)
D. Tomás Rodriguez Rubi.
D. Francisco Cutanda (???)
D. Severo Catalina (!!!)
D. Ramon Campoamor.
D. JUAN VALERA.
D. Antonio García Gutierrez.
D. Luis Gonzalez Bravo (i....!)
Duque de Rivas (???)
Sr. Nuñez Arenas (!!!)
D. Antonio de los Rios y Rosas.
D. Adelardo Lopez Ayala.
D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.
D. José Selgas (???) (!!!!!!)
D. Cayetano Fernandez (****)
D. Antonio Aparisi y Guijarro.

DISONANCIAS.

Los aficionados á la música han caído, de concierto en concierto, desde el salon del Conservatorio hasta el teatro de la Zarzuela.

La pendiente por que bajaban, suave y fácil desde el quinteto en *sol menor* de Mozart, á la *sinfonía heroica* de Beethoven, es un derrumbadero musical, desde el paseo de Recoletos hasta la calle de Jovellanos.

El Sr. Gaztanbide salió de Madrid á pesca de un espectáculo para su teatro, y cogió el anzuelo el Sr. Arban que, acompañado de algunos profesores, vino á esta tierra, donde ya había sido aplaudido, á improvisar conciertos como los que al aire libre oye el público parisién en los Campos Eliseos, pero no como los que el madrileño podía esperar en uno de los mas elegantes coliseos de la corte.

Culpar por ello al Sr. Arban seria injusto, porque en tres dias

lugares de España, ora con unas, ora con otras compañías, y después de aprender á cantar á su hija Antonia, que ya era una muchacha que ponía gozo, cayó tambien por la villa y corte hacia los mismos años, y entró con la mozueta en la compañía del coral propio de la *Cofradía de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, y que asentaba á la calle del Príncipe y casa de Isabel Pacheco.

Una tarde en que Diego y maese Estéban entraron en el corral de la Pacheca en seguimiento de dos tapadas rumbonas, y á tiempo en que se representaba la farsa llamada *Trapacera*, que había compuesto dias antes el valenciano Juan de Timoneda, el segoviano reconoció en la pícaro Rufina, persona de la fábula, á la hermana del autor, á la mujer por quien había dejado en otros tiempos casa y padres, á la madre de su Antonia, por fin. Luego, cuando salió, gallarda y hermosa, cierta Licea que el poeta pone en la farsa, saltábasele al oficial de pañero el corazón en el pecho sin que supiera bien la causa de aquella desazon. Terminado que hubo la farsa,

—Nosamo, dijo á Diego, que ya estaba en plática con una de las damas á quien seguían desde la calle, bien conviene que dejéis á esas busconas, y vámonos aquí á la puerta por donde salen los representantes: mostraros he una muy grande amiga mia que entre ellos viene.

Ya se ha visto que el marido de Blasca la jorobada no via sino por los ojos de maese Estéban y que obedecía sus palabras mas que si fuesen ordenanzas del rey. Dejó, pues, á las damas sin disgusto, demás de que no le pasara de ver de mas cerca á aquella comedianta que se apellidaba Licea en la farsa *Trapacera*, y que no le parecia sino muy bien, muy curiosa y de mucha gentileza. Pusieronse en efeto á ver salir á los representantes, y cuando la antigua amante del piñero le vió, soltó la mano que llevaba de la mozueta y echándose en los brazos de Estéban,

(Se continuará.)

no se organiza una buena orquesta, ni aquí ni en ninguna parte, con elementos heterogéneos, ni en tan corto tiempo es posible ensayar, como es debido, las buenas obras sinfónicas.

Pero tampoco tiene la culpa el público que sufre y paga.

Ni la tiene FIGARO que, obligado á manifestar su opinión sobre los referidos conciertos, no puede decir que le gustan.

El Sr. Dunkler es un excelente profesor de violoncelo; encanta oír al Sr. Cantie tocar la flauta, y el mismo Sr. Arban, cuando cambia la batuta por el cornetín, entusiasma á los oyentes; pero las habilidades instrumentales de los Sres. Arban y Cantie ya las conocíamos, y la maestría y buen gusto del Sr. Dunkler no bastan para satisfacer las exigencias de un concierto de estas pretensiones.

Mucho gusta á FIGARO oír á los buenos instrumentistas, pero le agrada mas escuchar buena música, que no es lo mismo, y sin disputar sobre el paciente estudio que exigen esos juegos malabares de notas, prefiere ver á la orquesta interpretar las obras que para la orquesta escribieron los grandes maestros, á verla servir de pretexto para que descansa el concertista, y oír, en vez de las dificultades de mecanismo vencidas, en la flauta ó el cornetín, los grandes efectos melódicos y armónicos que nacen del conjunto de todos los instrumentos, cuando quien ha escrito para ellos se llama Beethoven ó Meyerbeer.

Tampoco gustan á FIGARO las autopsias practicadas con hacha que se nombran fantasías sobre motivos de la ópera tal ó cual, verdaderos destrozos fantásticos de una obra, escrita para ser interpretada con otros elementos, y en la que, como en cajón de sastre, pone mano cualquier zurcidor de acordes, y cose abigarrado vestido de arlequin.

Tales despropósitos pueden tolerarse cuando la música es pretexto de reunion en nuestros Campos Eliseos ó cualquier otro jardín veraniego: á ellos se va en primer lugar á tomar el fresco, en segundo á dejarse ver ellas y á verlas ellos, á pesar de que esto no sea siempre lo mas refrigerante.

El Sr. Arban, si la memoria no me es infiel, dirige conciertos de esta clase en París, y tiene un repertorio adecuado á ellos, pero este repertorio en el teatro de la Zarzuela está fuera de su natural asiento.

Casi digo lo mismo de las overturas de óperas cómicas francesas. Hay entre ellas algunas de indisputable mérito; las hay también muy agradables al oído, pero como sus autores no se proponían principalmente al escribirlas producir grandes efectos sinfónicos, tampoco merecen figurar en primer término en conciertos de orquesta.

De la improvisada orquesta del Sr. Arban quisiéramos no decir palabra. Las improvisaciones salen casi siempre mal, y no es esta de las que deben exceptuarse. El Sr. Arban, sin tiempo para ensayar, no puede evitar la falta de precision y de claro oscuro en el conjunto; pero sí que algunos profesores, y señaladamente cierto cornetín, se entusiasmen demasiado con su papel, pretendiendo que se les oiga mas de lo necesario.

Si al frente de la empresa del teatro de la Zarzuela no estuviera un maestro compositor español, ni siquiera se acordaría FIGARO de ella; pero el Sr. Gaztambide sabe cómo se organizan conciertos, y en castigo de los desconciertos que acaba de administrar al público, le impondría de buena gana FIGARO la pena de no oír otra música, en diez años y un día, que la del maestro Castro.

MADRID AL DIA.

Bien sabido se tenia FIGARO que el día de ayer, si el cielo no le favorecía con sus aguas, lo que habria satisfecho al campo y la ciudad, pasariale divertido y gozoso viendo á las hermosuras de la corte, con trajes largos y faldas cortas, luciendo unas el brevísimo pié, que con ser pequeño es grande en encantos, cubriéndole otras pudorosa ó cautamente, pero todas entusiasmado á los hombres, y trastornándoles el cerebro, como trastornado le metió en su barbería este malaventurado cantor de callejuela, que se repite humilde servidor de ustedes.

El día, como he dicho, estuvo bueno, así, entre sol y sombra, caloroso á ratos, apacible en otros, y por consiguiente, bueno, bonísimo para que Madrid luciera su gentileza.

Y lucióla seguramente, á tiempo que la régia comitiva, salió de palacio, dirigiéndose por las calles Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y Prado, hasta topar, según se suele decir, en el templo de Atocha, dispuesto para las velaciones de los recién-casados condes de Girgenti, infantes de España.

Pero vamos por partes.

Segun el programa oficioso que circulaba el martes último, y de que dí á ustedes cuenta, amables lectoras mías, el día 12 por la tarde se firmaron las capitulaciones matrimoniales de la infanta doña Isabel con su tío D. Cayetano de Borbon.

Asistieron al acto muchas personas, entre ellas un parroquiano de FIGARO, persona de campanillas que le da todas estas noticias. El acto, y la toma de dichos tuvieron lugar en la Cámara de S. M. la reina.

La novia vestia traje de seda de color de lila, alto, y llevaba un aderezo riquísimo. La reina llevaba vestido de color de rosa claro; el de la duquesa de Montpensier, que ha venido de Sevilla con su esposo, para asistir á la boda de su sobrina, era de color rojo encendido. La reina madre, doña María Cristina, vestia de color oscuro, y de otros mas claros las hermanas de S. M. el rey.

Este, el duque de Montpensier y el infante D. Sebastian llevaban el uniforme de capitán general de ejército.

El novio lucía ya su uniforme de coronel de húsares de Pavía.

¿A cuánto dirán ustedes que asciende la dote de la infanta? Pues, según resulta de la carta dotal, sube próximamente á 36 millones de reales lo que aporta al matrimonio la augusta niña; suma que produce vértigos á un pobre barbero como yo, pero que es la que requiere y conviene á una princesa que ha sido por algun tiempo la heredera del trono de España.

La cifra de la dote se descompone así: 22 millones en dinero; 3 millones 300.000 reales en halajas; 8 millones en un pala-

cio que S. M. la reina mandará edificar brevemente; un millón 900.000 reales para el bolsillo particular de la infanta y un millón 200.000 reales, regalo de S. M. el rey.

Anteanoche á las diez se celebraron los desposorios en las reales habitaciones.

La ceremonia fué lucidísima, según era consiguiente, y asistió á ella número mayor de personas que á la toma de dichos.

Ofició el patriarca de las Indias, y fueron padrinos S. M. la reina madre y el que fué rey de Nápoles D. Francisco II de Borbon, hermano del novio, y en representación suya, el rey de España, padre de la novia.

¿Quiéren ustedes, saber mas? ¿Quiéren ustedes, curiosísimas lectoras, saber de los trajes y las joyas que allí brillaban? Pero entonces voy á hacer una revista de modas; y sobre todo cómo ha de recordar este desdichado de FIGARO tanto color, y tanta piedra preciosa, y tanto encaje?

Un escuadron de caballería.

Timbales, clarines, veinte caballos, ricamente paramentados, otros ocho de respeto, cuatro ensillados, y cuatro graciosas jaquitas del servicio del príncipe de Asturias.

Picadores y palafreneros de la casa real.

Varios coches de grandes de España con sus grandes.

Los reyes de armas, gentiles hombres de casa y boca, mayordomos de semana y la servidumbre de las cámaras de los infantes, príncipe de Asturias y reina madre.

Un coche con el jefe superior de Palacio, sumiller de corps, y primer comandante de Alabarderos.

Todo esto iba ayer delante de las carrozas reales.

Después seguían, entre batidores y escoltas, el coche que conducía á los infantes D. Sebastian y su esposa; el de los duques de Montpensier; el de los recién casados; el de S. M. la reina madre; otro de respeto, y por último el coche de la Corona, en que iban SS.MM. y el príncipe de Asturias.

Aquí tienen ustedes la descripción exacta de la régia comitiva, tal como ha ido ayer á Atocha y como de Atocha ha vuelto á Palacio.

Anoche tuvo lugar el banquete que estaba anunciado, y del cual no puedo decir una sola palabra, porque no he visto á mi parroquiano.

Otro día será.

Nada mas hay por Madrid que llame la atención y que pueda yo referiros, como no sea que el conde de Girgenti se ha presentado ya á su regimiento.

Con este motivo, la oficialidad de los húsares de Pavía ha regalado á su nuevo jefe un sable de honor.

DICHOS Y HECHOS.

Recuerdo á cierto propósito lo acontecido en Florencia en estos pasados días. Con motivo del casamiento del príncipe Humberto, el ejército italiano ha regalado también una espada al heredero del trono; y éste, que seguramente entendiendo mucho mas de cargar al frente del enemigo que de hacer discursos de gracias, no encontró, al recibirle, mas que las siguientes palabras:

—Señores, este sable es.... el día mas venturoso de mi vida.

Ha salido de París para un breve viaje por España el director de Buenas Artes, conde de Neuwerkerke, acompañado del inspector del mismo ramo F. Arago, y del pintor señor Giraud.

Parece que este viaje se relaciona con el propósito antiguo y deseo vivísimo del gobierno francés de adquirir en España algunas de las joyas artísticas que aquí abundan.

Sean bienvenidos esos señores, y hallen todas las facilidades apetecibles para examinar y conocer nuestros museos y monumentos artísticos; pero en cuanto al propósito que se les atribuye, que obtenga ahora el mismo resultado que en otras ocasiones. Eso deseamos.

La prensa sería tiene ocurrencias que parecerían demasiado vivas en la jocosa.

«La España» insertaba días pasados en su parte editorial, un cuento tan antiguo y tan verde, aunque procuró atenuar los matices, que, según dicen, no ha dado gusto á sus mismos amigos.

Los diarios llamados neo-católicos, aunque no publican cuentos de esa especie, también son inclinados al humorismo; y todos ellos recuerdan de vez en cuando el cuento del loro regalado á unas monjas que, conducido en un barco, olvidó las oraciones que le enseñaron y aprendió otras cosas menos santas de boca de los marineros.

Hemos recibido y tenemos el mayor gusto en anunciarlo, el tomo primero de las poesías de D. Emilio Olloqui, perfectamente impreso en la imprenta de Tello.

Nos ocuparemos de estas poesías, en parte conocidas por el público, en cuanto tengamos tiempo para ello.

Dentro de unos pocos días se abre el nuevo circo ecuestre construido por Mr. Price al lado del otro circo del Sr. Rivas.

Inglaterra ha declarado la guerra á España. Jonh Bull, personificado en el obeso Price, quiere dar un mal rato á su vecino.

El cartelón en que anuncia la futura compañía hípico-acrobática el empresario del circo nuevo contiene muchos nombres, algunos de ellos conocidos en Madrid.

Por de pronto, tendremos en la arena á los célebres clowns

Witoyne, Sechi y Alfán, que tan buenos ratos nos han dado en la calle de Recoletos.

De nuevo parece que ha resultado falso el casamiento de Adeline Patti. Esta vez desmiente la noticia de mi tocayo el «FIGARO» francés el mismo padre de la *diva*, en carta fechada desde el teatro de Covent-Garden (Londres), á 7 de mayo.

Pero, Señor, la Patti es incasable, ó el pobre marqués de Caux, su prometido ó lo que sea, está siendo víctima de una intriga absurda.

Aquel ruido (*continuation*) fué producido por el furioso golpe de un hombre.

¿Quién era este hombre?

Este hombre, antiguo parroquiano de FIGARO, venia á teñirse el pelo.

—Voto á tal, señor FIGARO, y qué bien se le han pegado las sábanas! dijo entrando el hombre un tantico amostazado por la espera.

FIGARO se deshizo en excusas y le preguntó:

—¿De qué color lo quiere Vd. hoy?

—De arco-iris, señor FIGARO, que así podré tener la cabeza á gusto de todos. Téñime de azul el pelo cuando era amante platónico y patriota romántico; colorado cuando contraje matrimonio y cambié de casaca por un empleo; hoy..... á nadie le ha quedado pelo ni de tonto ni de discreto, todos soportamos peluca.

FIGARO trasteó la peluca del parroquiano para ponerla en órden.

—Sabe Vd., señor FIGARO, que ya va haciéndose pesada la broma esa de la mirada..... ¿De quién era aquella mirada?

—¿La mirada aquella?

—La misma.

FIGARO se puso pálido.

—Por supuesto que sería de una mujer hermosa?.....

—No era de mujer.

—¡Diablo! señor FIGARO; entonces sería de un hombre.

—Tampoco.

El parroquiano dió un salto en su asiento y abrió tamaños ojos.

FIGARO se estremeció como poseído de un terrible recuerdo.

—Pero entonces, ¿cuyos eran los ojos?....

—Lo diré á Vd., interrumpió FIGARO, mas jureme antes guardar religiosamente el secreto que voy á confiarle.

Y FIGARO, después de enjugarse el copioso sudor que corría por su frente, y mirando en torno suyo como temiendo ser espiado, murmuró con voz balbuciente:

—La mirada aquella no era de hombre, ni de mujer, ni.....

—¡Acabemos de una vez! gritó con impaciencia el parroquiano.

—Pues bien, aquella mirada..... la mirada aquella.....

—Era la mirada de un inglés!

(Sensación y conclusion.)

Hay en Madrid un inglés, un verdadero inglés, un inglés de Inglaterra, que ha recorrido medio mundo en busca de una mujer y que al cabo la ha encontrado entre nosotros.

Las escentricidades de los hijos de la Gran Bretaña siempre han llamado la atención de los habitantes del Continente; pero, el inglés de que hablo se deja en mantillas á todos sus paisanos en esto de rarezas.

El tal inglés tenia una madre, cosa muy natural, y tuvo la desgracia de perderla, lo que también sucede á todo el mundo, so pena de morirse antes que la autora de sus días.

El inglés quería mucho á su madre, lo que le hace muy simpática á los ojos de FIGARO, y cuando se encontró huérfano y solo, dióse á correr la tierra en busca de una mujer que se pareciese á la que habia perdido.

¿Y para qué buscaba esa otra mujer? me preguntan ustedes. ¿Para hacerla, como se suele decir, su segunda madre? Nada menos que eso: para casarse con ella; quería fundir en una sola pieza á la madre y á la esposa; tener madre de la fisonomía de su mujer, y mujer de la fisonomía de su madre. Unir el recuerdo de la una con el amor de la otra. Envidiable situación la de la mujer elegida: ¡llevarse un marido respetuoso como un hijo y enamorado como..... un inglés!

Ya he dicho que el inglés ha encontrado en Madrid lo que buscaba, y que se va á casar con el retrato de su madre; un retrato de carne y hueso, representado por cierta linda muchacha, que se resigna á ser madre y esposa del escéntrico capitalista; porque es un capitalista y muy rico el interesante maneebo de la Gran Bretaña.

Ahora falta averiguar si el inglés querrá que su mujer sea siempre su madre, ó que su madre sea siempre su mujer, ó lo uno y lo otro indistintamente.

Es verdad que en toda esposa hay el principio de una madre, aunque no se puede decir lo mismo al revés.

ANUNCIOS.—FIGARO repite la oferta que ya ha hecho, de anunciar en sus columnas brevemente las obras ú opúsculos de condiciones literarias, que sus autores tengan á bien remitirle.

Dará también cuenta, ó consagrará artículos especiales, á las que por cualquier concepto en su opinión lo merezcan.

MADRID, 1863.—Editor responsable, D. Antonio Andrés Babi.—Imprenta de Manuel Alíacar, Travesía de la Ballesta, 7, bajo.